

me daba á cuanto demonio  
 existia en el infierno.  
 El hombre es como el caballo,  
 mal comparado, se entiende:  
 que si le hostigas, te tiende  
 en el suelo, y con su callo  
 te apiasta si puede. . . . Yo  
 entonces me resigné,  
 y, es cierto, no la arrojé. . . .  
 mas fué porque se murió.  
 La sentí mucho, es verdad,  
 mucho, mucho. . . . pero al cabo. . . .  
 respiré como el esclavo. . . .  
 que alcanza su libertad.  
 Y vamos, en conclusion  
 de ello, ¿cuál ha sido el fruto?  
 que aquel sistema absoluto  
 dió lugar á la reaccion.  
 Que mientras vivió, viví,  
 si es que vivir era aquello,  
 ¡ay! . . . con el agua hasta el cuello,  
 diciendo á todo que sí:  
 y después sin restriccion  
 ni freno, el mundo he cruzado,  
 por cuenta de lo atrasado. . . .  
 mas fuera ya de sazón.  
 Porque el hombre, como ves  
 en pos del placer va ciego. . . .  
 si no es al principio, es luego. . . .  
 esto es peor, peor es.  
 ¿Y todos van? . . . .

MARG.  
 GER.

MARG.

GER.

Pues es claro,  
 todos tienen que correr. . . .  
 Todos. . . . ¡ah! . . . . no puede ser;  
 conozco bien á Genaro.  
 Genaro, y lo verás pronto,

seguirá el comun compás,  
 y al fin te convencerás  
 de que es hipócrita ó tonto.

MARG.

GER.

Ni uno ni otro, no señor:  
 me adora, y en dulce calma. . . .  
 Bueno, bueno; si es un alma  
 gloriosa, tanto mejor.  
 Pero, chica, vendrá bien,  
 puesto que estamos discordes  
 en la esencia, que le abordes  
 con un cierto ten con ten:  
 que á veces lo que le ocurra  
 no permitas que lo envidie,  
 para que no se fastidie. . . .  
 Sí, para que no se aburra.  
 Que beba si tiene sed:  
 que sepa un poco de todo. . . .

MARG.

GER.

MARG.

GER.

¡Ay! no, no, de ningun modo.  
 Sí.

No me convence usted.  
 ¡Tomal! ¿Vosotras? . . . . jamás;  
 y el que lo intenta, merece. . . .  
 Genaro no se parece. . . .

MARG.

GER.

MARG.

GER.

¡Ya, ya!  
 En nada á los demás.  
 ¡Oh! si será una excepcion. . . .  
 Justamente eso decia  
 de mí tu madre, hija mia.  
 Pero. . . .

MARG.

GER.

Cese la cuestion.  
 No le hagamos el ultraje  
 de dudar. . . . pues tu marido. . . .  
 pudiera ser que. . . . (Ruido de carruaje).

MARG.

GER.

MARG.

Ese ruido.  
 ¡Calle! ha parado un carruaje.  
 ¿Quién será?

GER. Puede que sea  
el amigo de colegio. . . .

MARG. ¡Ya?  
(Sale Roque).

ROQ. El marqués de Campo Regio  
hablar al amo desea.

GER. Que pase. (Vase Roque).

MARG. Viene con harta  
diligencia.

GER. ¡Oh! por demás  
viaja en posta.

MARG. A poco mas,  
antes llega que la carta.

GER. Es que sin duda la habrá  
remitido desde Irun,  
y en san Sebastian algun  
accidente. . . .

MARG. Aquí está ya.

ESCENA VI.

MARGARITA, D. GERÓNIMO, el MARQUES.

GER. ¡Oh! ¡marqués!

MARG. ¡Oh! ¡general!  
Sorpresa mas agradable. . . .  
¿Usted en Guipúzcoa?

GER. Sí.

MARG. ¿Y en esta casa?

GER. En mis lares:  
es la casa de mi hija.

MARG. ¡Ah! señora. . . . Voy de viaje  
y ruego á usted me perdone  
si me atrevo á presentarme  
de este modo. . . .

GER. ¡Bah!

MARG. En el campo,  
marqués, somos tolerantes  
en asuntos de etiqueta;  
Con que. . . .

MARG. Es usted muy amable.  
De manera que Genaro. . . .

GER. Es mi yerno.

MARG. Qué me place  
encontrarme en este Eden  
entre amigos y deidades.  
Pero y Genaro ¿no está?  
¿Viaja tambien?

MARG. ¡No! no sale  
jamás. . . . ni gusta. . . .

GER. Está adentro  
viendo el correo. . . . no sabe,  
marqués, que está usted honrando  
su casa; voy á llamarle.

ESCENA VII.

MARGARITA, el MARQUES.

MARG. Vendrá usted muy fatigado. . . .

MARG. Señora, no: mi carruaje  
de camino es excelente:  
además, seis años hace  
que en continuo movimiento  
cruzo la Europa, y no es fácil,  
estando ya acostumbrado,  
que las distancias me cansen.  
De lo que sí me fatigo,  
es de esta mi vida errante  
que por el mundo me lleva  
cual lleva la arista el aire.

MARG. ¿Por qué no se fija usted?

MARG. Señora. . . . ¿y dónde fijarme?

MARG. Pues ¿no tiene usted familia?

MARG. Absolutamente á nadie.

¡Venturosos los que gozan  
ese bien tan estimable,  
y ven trascurrir sus días  
serenos, sin tempestades,  
á la sombra de los suyos  
y al amor de sus hogares!

MARG. ¿Verdad que esa es la ventura  
mas cumplida?

MARQ. Es indudable.

MARG. ¡Y tendremos el honor,  
señor marqués, de contarle  
algun tiempo entre nosotros?

MARG. Para mí fuera muy grande  
satisfaccion. . . si pudiera  
disfrutar de sus bondades;  
pero, señora, á Madrid  
me llaman asuntos graves,  
y en cuanto abrace á Genaro  
tendré que seguir. . .

MARG. Pero antes  
honrará usted nuestra mesa.

MARG. Sírvase usted relevarme  
de ese compromiso: tengo  
tan contados los instantes,  
que por hoy me es imposible;  
mas yo sabré aprovecharme  
de su fina invitacion. . .

GEN. ¿Dónde está? (*Dentro*).

MARG. Su voz.

MARG. Ya sale. . .

(No hay peligro en que se vean.)  
Siendo así. . . quiero dejarles  
en completa libertad,  
á fin de que ustedes hablen  
sin. . .

MARG. La presencia de usted,

señora, es harto agradable  
para que yo lo desee. . .

MARG. ¡Oh! gracias. . . pero no obstante. . .  
hasta luego.

MARG. Adios, señora.

ESCENA VIII.

GENARO, *el* MARQUES.

GEN. ¡Augusto!

MARG. ¡Genaro!

GEN. Abrazame.

¡Cáspita! chico, qué guapo  
te encuentro!

MARG. ¡Sí?

GEN. ¡Qué elegante!

Ya se vé, tú no estás preso. . .  
Tú viajas y entras y sales,  
sin suegro que te incomode  
ni mujer que te idolatre.

MARG. ¡Pues qué! ¿tú? . . .

GEN. Chico, me tienen  
achicharrada la sangre. . .  
aburrido! . . . ¿y tú?

MARG. ¿Yo, hastiado. . .

GEN. ¡Sí? ¿Con que estamos iguales?

MARG. ¡Iguales! . . . entre el hastío  
y aburrimiento, hay notable  
diferencia: el aburrido  
encuentra en cualquiera parte  
remedio para sus cuitas,  
su enfermedad es curable;  
pero el hastiado. . . ¡ay, amigo!  
es la negacion constante  
de toda felicidad:

- víctima triste del cáncer  
que le roe las entrañas,  
nada le alegra ni abate;  
nada espera: nada quiere. . . .  
nada ve en pos. . . . ni delante.
- GEN. Hombre, sí: ¿pues no ha de ver? . . .  
aunque se empeñe en taparse  
los ojos. . . . hay en el mundo  
tan magníficas imágenes. . . .  
tantos goces, cuya magia  
nos fascina, nos atrae,  
que hay que verlos, y tocarlos,  
y después. . . .
- MARQ. Después, ahorcarse.  
GEN. ¿No mas que ese medio término?  
¿De dónde vienes, que traes  
ese humor tan condenado? . . .
- MARQ. De Londres.  
GEN. ¿De Londres? Pase.  
Se te puede perdonar  
ese furibundo ataque  
á las venturas terrenas.  
Ya se ve: los *inglis manglis*  
te habrán pegado el spleen  
con su carbon y sus gases. . . .  
pero cuando se despeje  
de las tinieblas del Támesis  
tu pensamiento, serás  
de mi opinion.
- MARQ. ¿Qué diantre  
he de ser! . . . ¿Crees tú que soy  
un visionario, un farsante  
de esos que hablan por hablar  
y se quejan por quejarse?  
No son las nieblas de Londres,  
Genaro, las que me hacen

- hallar en vez de jardines  
estériles arenales.  
Es que un tiempo, como tú,  
soñé con esas brillantes  
ilusiones, patrimonio  
de necios ó de escolares,  
y libre y dueño absoluto  
de una fortuna importante,  
salí lleno de inocencia  
al mundo. . . .
- GEN. Al fin te lanzaste. . .  
MARQ. Sí, me lancé; pero ha sido  
para secar los raudales  
de esperanza que brotaban  
en mi seno, y dar al traste  
con mis sueños y delirios  
al tocar las realidades.
- GEN. Pero hombre. . . ¿por qué?  
MARQ. Porque eso,  
Genaro, es inevitable:  
porque después de haber visto  
cuanto es dado á los mortales  
ver en la tierra, no hay medio  
de ver mas, y hay que encerrarse  
como el gusano de seda,  
ó volver á lo de antes.  
Y como yo soy un hombre  
que adoro las novedades,  
hasta el punto que no paso  
dos veces por una calle  
si puedo, y la novedad  
no es de lo mas abundante  
que tenemos, heme aquí  
hecho un viejo insoportable  
á los treinta años, cansado  
de pompas y vanidades

térrenas, sin saber ya  
dónde ir á refugiarme  
con este mi novelesco  
atrabiliario carácter.

GEN. ¡Yal si es carácter, entonces  
no hablemos: donde no halles  
solaz, bien puede allí mismo  
otro cualquiera encontrarle. . . .

MARQ. Ciertamente: lo que á unos  
entristece, á otros complace;  
ese es un hecho que admito:  
pero tarabien lo innegable  
es, que todos anhelamos  
lo que no está á nuestro alcance;  
de suerte que entre unos y otros  
no vive contento nadie.

Por ejemplo: tú te aburras  
en estos amenos valles;  
te fatigan las caricias  
de una esposa tierna, amante. . . .  
con violencia vives, y  
tu bello ideal son los viajes:  
pues bueno, yo los detesto,  
y á Madrid voy á casarme. . . .

GEN. ¿Qué vas á hacer, temerario?  
mírame bien, tiembla, y párate.

MARQ. Ni me paro ni te miro  
ni tiemblo. . . . Donde no halles  
solaz, bien puede allí mismo  
otro cualquiera encontrarle.  
Estas palabras, Genaro,  
me decias ha un instante,  
y yo convine contigo;  
con que ahora no rechaces. . . .  
Además, chico, ¡qué diablos!  
nada tengo en que ocuparme,

y al ara nupcial me acojo  
por no hacer un disparate.

GEN. ¡Ay, Augusto de mi vida!  
¡Vuelve en tí! . . . .

MARQ. ¡Eh! desengáñate  
lo que hay que ser en el mundo  
es lo que eres tú. . . .

GEN. ¡No sabes! . . . .

MARQ. Te estás quejando de vicio. . . .

GEN. ¡De vicio yo!

MARQ. Que me empalen  
si tu posicion no es  
la mas bella y aceptable. . . .  
Rico, y dueño de una quinta  
que se eleva en el paisaje  
mas pintoresco de España:  
aquí el Oria: allí Lasarte:  
al frente San Sebastian  
con su concha, y con sus naves,  
y á la magnífica ria  
del encantado Pasajes.  
¿Qué mas hay que desear  
en punto á recreo? Añade  
á lo dicho, la tranquila  
soledad, las patriarcales  
costumbres de estas provincias.  
las muchas comodidades  
que disfrutas, los halagos  
de una mujer adorable,  
las mil. . . .

GEN. ¡Calla. . . . calla. . . . calla! . . . .

y por Cristo que no ensartes  
mas calumnias. . . . Aquí vivo  
peor que vive en la cárcel  
el delincuente, porque  
no encuentro, así Dios me salve,

en fuerza de verlo y verlo,  
ni bellezas de paisaje,  
ni paz, ni comodidad;  
ni nada, en fin, que me halague.  
¡Chico! . . . me consumo. . . luego  
mi mujer es un Arraez,  
un cómitre, que me tasa,  
con su pasión perdurable,  
hasta el aire que respiro.  
Pues edúcala.

MARQ.      Pues edúcala.  
GEN.              Es muy tarde.  
MARQ.      Hazla viajar.  
GEN.              He de ir yo.  
MARQ.      Convéncela.  
GEN.              Sí, ya es fácil.  
MARQ.      Pues vete tú.  
GEN.              Que si quieres.  
MARQ.      ¡Te seguirá?  
GEN.              A todas partes.  
MARQ.      Háblala alto.  
GEN.              Habla ella mas.  
MARQ.      ¡Qué demonio! . . .  
GEN.              O rompe en ayes.  
MARQ.      Pues rómpela una costilla.  
GEN.              ¡Hombre, por Dios!  
MARQ.                              Sí, ó escápate.  
GEN.              Al fin tendré que tomar  
                         un partido. . . está irritante  
                         con sus celos. . . .  
MARQ.                              ¡Es zelosa?  
GEN.              ¡Uf! mas que un abencerraje.  
MARQ.      Pero ¡con razon?  
GEN.              No, chico;  
                         los tiene hasta de su padre:  
                         hará cosa de dos meses  
                         que fui á baños. . . .

MARQ.                              ¿A Baden?  
GEN.              No. . . .  
MARQ.                              ¿A los de Aix, á los de Spá? . . .  
GEN.              Augustillo, ¿estás burlándote?  
                         A San Sebastian, aquí  
                         un tiro de bala; casi  
                         como quien dice á la puerta  
                         de mi quinta. . . .  
MARQ.                              Y ¿te bañaste? . . . .  
GEN.              ¡Qué bañar! ¡me enamoré!  
MARQ.              ¡Bravo! ¿de quién?  
GEN.                              ¡Oh! del ángel  
                         mas bello que han arrullado  
                         las ondas del Manzanares.  
MARQ.              ¡Hombre! ¿de una lavandera  
                         te fuiste á prender?  
GEN.                              ¡Qué cafre!  
                         ¿lavandera? . . . de una niña,  
                         y de las mas principales  
                         de la corte.  
MARQ.                              ¡Ah! ya. . . . creí. . . .  
GEN.              Creistes mal.  
MARQ.                              Adelante,  
                         no hay que ofenderse por eso.  
                         Y ¿qué sucedió?  
GEN.                              Un percance  
                         el mas natural del mundo.  
MARQ.              ¡La chica te dió algun pase  
                         de muleta? . . . .  
GEN.                              ¡De muleta!  
                         pero hombre. . . . ¡Vaya unas frases! . . . .  
MARQ.              No las tomes en su recto  
                         sentido. . . .  
GEN.                              Es que. . . .  
MARQ.                              No te enfades. . . .  
                         ¿que sucedió?



GEN. Nada, Augusto:  
que así como yo al hallarme  
en su esfera de atracción,  
sentí su influjo. . . .

MARQ. ¡Admirable!

GEN. ¡Ella á su vez sintió el mio!

MARQ. ¡Cosa rara!

GEN. Y al instante  
brotó en nuestros corazones  
la pasión mas inefable,  
mas casta, pura y platónica  
que ha existido en los anales. . . .

MARQ. ¿Solterita?

GEN. Solterita.

MARQ. Y ¡tu estado la ocultaste?

GEN. Sí, con amantes suspiros,  
con dulces y tiernos ayes,  
aquella pasión ardiente  
principió á desarrollarse.  
Pero, chico, á lo mejor  
sucede que le da el aire  
de nuestro inocente amor  
á mi esposa, y sin pararse  
en nada, á San Sebastian  
dirige el rumbo una tarde. . . .  
y arma en cisco, que. . . .

MARQ. Comprendo.

GEN. ¡Psch! tuve que separarme,  
por evitar mas escándalo,  
de mi ídolo.

MARQ. ¡Te largaste  
como perro con cencerro. . . .

GEN. Su reputación. . . . su clase. . . .  
me resigné. . . . y desde entonces  
mi esposa está inaguantable.  
Me da caza. . . . no me puedo

descuidar con una llave:  
todo lo ve y manosea,  
me espía: mis cartas abre:  
mientras que en Madrid la otra  
¡ay! estará devorándose. . . .  
pensando en mí. . . .

MARQ. ¡Ja, ja, ja!

GEN. Vaya una risa cargante. . . .

MARQ. ¡Qué feliz eres! ¡Qué cándido!  
¡Qué inocente! . . . .

GEN. ¡Dale! ¡dale!

MARQ. Pensando en tí. . . . ¡y en la corte!  
y ellas que son tan leales. . . .  
¡bienaventurado el que  
las cree. . . .

GEN. ¡Sublime! arráncame  
también mi sola esperanza. . . .

MARQ. ¡No! que de tí no se aparte. . . .  
Guárdala bien, hijo mio. . . .  
Lo menos cincuenta amantes  
habrá tenido la niña  
desde que no la ves.

GEN. ¡Cállate!  
¡Hum! . . . . Eres capaz, Augusto,  
de asesinar. . . . ¡oh! ¡qué ultraje!  
¡Pobre ángel mio!

MARQ. Tú sí. . . .

GEN. ¿Yo?

MARQ. ¡Tú sí que eres un ángel!  
Tú crees en todo. . . . haces bien,  
y dure lo que durare.

GEN. También tú.

MARQ. Yo no. . . .  
GEN. Sí tal;

MARQ. pues qué ¿no vas á casarte?  
Por recurso. . . .

GEN. Hombre. . . . medita. . . .  
 MARQ. Chico: si ya no hay escape.  
 Si me casan por poderes. . . .  
 y á estas horas congregante  
 será de ese cuerpo ilustre.  
 GEN. ¡Pobre Augustol! ¡Dios te ampare!  
 Pero hombre, hablando y gimiendo,  
 se me ha olvidado brindarte  
 con alimento y descanso.  
 MARQ. Nada; te dejo al instante.  
 GEN. Pero siquiera. . . .  
 MARQ. No puedo. . . .  
 solo deseo lavarme. . . .  
 GEN. ¡Oh! pues ven. . . . Ahí tienes agua,  
 cepillos. . . .  
 MARQ. Bien. . . .  
 GEN. ¡Ah! . . . . que sale  
 mi mujer. . . . Mientras te lavas  
 voy á ensayar ciertos planes. . . .  
*(Entra el marqués en la habitación de la derecha  
 y sale Margarita de la de la izquierda con una  
 carta abierta que entrega á Genaro.)*

ESCENA IX.

MARGARITA, GENARO.

MARG. ¿Sabes que viene mi tía  
 a pasar la primavera  
 con nosotros? . . . .  
 GEN. Dios lo quiera. . . .  
*(Recorriendo la carta.)*  
 A mí me escribe Alegría,  
 nuestro agente de Madrid,  
 sobre el pleito de Jerez. . . .  
 MARG. ¡Y qué?

GEN. Que está cada vez  
 mas empeñada la lid:  
 añade que será cuerda  
 medida si allá voy yo. . . .  
 MARG. ¿Dónde? ¡A Madrid!  
 GEN. Pues.  
 MARG. ¡Ay! ¡no!  
 eso aunque el pleito se pierda.  
 GEN. Míralo bien, hija mía;  
 nos va en ello un interés. . . .  
 y todo es cosa de un mes. . . .  
 MARG. ¿Un mes? ni medio. . . . ¡ni un día!  
 GEN. ¡Ay mujer! ¡Válgame Dios!  
 exponer por aprensiones. . . .  
 MARG. ¿Qué importa?  
 GEN. Son dos millones. . . .  
 MARG. Pues bueno, iremos los dos.  
 GEN. ¿Juntitos, sí?  
 MARG. Ya se ve.  
 GEN. Y, te vas á incomodar. . . .  
 MARG. Yendo contigo, el viajar  
 es grato. . . .  
 GEN. Lo pensaré.  
 MARG. Para alejarte de aquí,  
 estás siempre aderezado.  
 GEN. No. . . . mujer. . . . ¡qué equivocado  
 concepto tienes de mí!  
 ¡Pues hay ventura mayor  
 que aspirar, beber tu aliento? . . . .  
 MARG. ¿Estás contento?  
 GEN. ¿Contento?  
*(Estrujando la carta.)*  
 ¿Contento? . . . Si es un dolor  
 que preguntes eso. . . . ¡Bah!  
 Si yo no te viera un día,  
 loco, loco me volvía. . . .

MARG. ¿De pena? . . .  
 GEN. Pues claro está.  
 GER. ¿Pero tan pronto? (*Dentro.*)  
 MARQ. Sí, sí:  
 no me puedo detener.

ESCENA X.

MARGARITA.—GENARO.—MARQUES.—D. GERÓNIMO.

GER. Pues adios y hasta mas ver.  
 MARQ. Adios.  
 GEN. ¿Nos dejas así?  
 MARG. ¿Parte usted ya?  
 MARQ. Sin demora. . . .  
 me precisa. . . .  
 MARG. Usted ya sabe. . . .  
 MARQ. ¡Oh! yo aprecio en cuanto cabe. . . .  
 A los piés de usted, señora.  
 Eh. . . quédate. . . (*A Genaro que le sigue.*)  
 GEN. No te suelta  
 mi cariño.  
 MARQ. Es por demás. . . .  
 GEN. Hombre. . . hasta la. . . .  
 MARG. ¿A dónde vas?  
 GEN. Con este. . . .  
 MARG. Bueno. . . la vuelta.

ESCENA XI.

MARGARITA.—DON GERÓNIMO.

GER. ¿Tambien le vas á impedir. . . .  
 MARG. ¿Yo?

GER. ¿Que acompañe á su amigo. . . .  
 al compañero y testigo  
 de su infancia?  
 MARG. No es decir  
 esto que yo impida nada;  
 pero hay que tener un tacto. . . .  
 Luego. . . temo que el contacto  
 con gente desocupada  
 le distraiga. . . .  
 GER. ¡Ya!  
 MARG. ¿Pues no?  
 si usted supiera. . . .  
 GER. Aprensiones  
 tuyas. . . .  
 MARG. ¡Ay! no, no.  
 GER. Visiones.  
 (*Ruido de una silla de posta que se aleja.*)  
 MARG. ¡Gracias á Dios que partió!  
 GER. Sí, sí, os volveis á quedar  
 solitos. . . En cuanto á mí,  
 mañana salgo de aquí. . . .  
 el onceno no estorbar.  
 MARG. ¿Usted? ¡Jesús!  
 GER. Está claro. . . .  
 ¡Duro! . . . aburre y mortifica  
 á ese pobre, que al fin, chica. . . .  
 MARG. (*Con impaciencia.*)  
 ¿Qué estará haciendo Genaro? . . .  
 GER. El cielo se encargará,  
 ora severo ó benigno,  
 de darte el pago condigno. . . .  
 MARG. ¿Pero en qué se detendrá?  
 (*Con creciente inquietud.*)  
 GER. ¿Hase visto? De tu lado  
 faltar así. . . ¿Qué! no tiene  
 perdon. . . (*Breve pausa.*)

MARG. No viene. . . .  
 (Pausa y mirando al fondo.)  
 GER. No viene.  
 MARG. ¡Cielos!  
 GER. ¡Si se habrá largado! . . .  
 MARG. (Ahogando un grito).  
 ¡Ay! . . . No. . . . no es él tan impío. . . .  
 él dejarme abandonada. . . . (Llamando.)  
 Genaro. . . . Genaro. . . . ¡Nada!  
 ¡Oh, qué silencio, Dios mio!  
 ¡Genaro!!  
 (Dirigiéndose al fondo y llamando fuerte.)  
 No me responde. . . .  
 ¡Y tu amo? (Aparece Roque.)

ESCENA XII.

Dichos, ROQUE.

ROQ. ¿Dónde ha de estar?  
 Dijo que iba á acompañar  
 á aquel señor.  
 MARG. ¿Hasta dónde?  
 ROQ. Hasta Madrid.  
 MARG. ¿Cómo! ¡no! . . .  
 no puede ser. . . .  
 ROQ. Es de fijo,  
 que muy serio me lo dijo:  
 subió á la silla y partió.  
 MARG. ¡Oh! ¡Se va con el marqués!  
 (A una seña de don Gerónimo se retira Roque.)  
 Pero, ¿es cierto? ¡huye de mí!  
 ¿por qué con él no salí? . . .  
 ¡Lo está usted viendo? . . .  
 GER. ¿Lo ves?

MARG. ¡Pronto! caballos, carruajes!  
 sus pasos quiero seguir. . . .  
 GER. Yo no puedo consentir  
 que des a manera ultrajes  
 tu opinion. . . .  
 MARG. ¿Pues qué he de hacer?  
 GER. No pongas al llanto diques,  
 pero nunca sacrifiques  
 tu dignidad de mujer.  
 Déjalo correr, que al fin  
 cansado se detendrá. . . .  
 Si hoy vas á Madrid, se irá  
 desde Madrid á Pekin.  
 Porque una vez decidido,  
 lo hará, y la madeja enredas  
 nuevamente, pues te quedas  
 sin dignidad ni marido.  
 MARG. ¡Ay! padre mio! (Llorando.)  
 GER. Sí, sí. . . .  
 llora tu error, hija mia. . . .  
 pero en tu casa. . . .  
 MARG. Y decia  
 que me adoraba. . . . ¡ay de mí!  
 GER. ¡Y será cierto, lo dudas?  
 pero habiéndolo querido  
 todo. . . . todo lo has perdido. . . .  
 en fin, si de genio mudas,  
 acaso remedio habrá. . . .  
 yo iré de su huella en pos,  
 hija mia, y ¡plegue á Dios  
 que le vuelvas á ver!  
 MARG. ¡Ah!!  
 (Se cubre el rostro con las manos y cae sollozando  
 en un sillón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.